

IDENTIDAD SOCIAL Y VALORES EN PERSPECTIVA GALEGA EN EL SIGLO XXI

Social Identity and values in Galician Society at the beginning of the XXI Century

JOSÉ ROMAY MARTÍNEZ

Catedrático de Psicología Social
ERLAC - Universidad de A Coruña

Recibido: 06/09/23
Aceptado: 31/10/23

Resumen

La identidad social y los valores son elementos fundamentales en la vida de los individuos, de los grupos y de las sociedades. En ellos se asienta el almacén vital de supervivencia de una nación. Y esto es especialmente importante en este siglo XXI caracterizado, entre otros aspectos, por la repercusión que la globalización tiene en la vida de las personas y de las sociedades.

Los importantes flujos migratorios de las últimas décadas, provocados por la búsqueda de una vida con más oportunidades económicas y sociales por inmensas multitudes y por la solicitud de refugio por parte de otras muchas ante las persecuciones de Estados y regímenes dictatoriales, ha producido en las sociedades avanzadas una nueva situación, hasta entonces desconocida, de contacto de grupos étnicos con identidades y valores distintos.

Esta nueva situación, que afecta especialmente a Europa y a los Estados Unidos de América, es objeto preferente de estudio por parte de

Abstract

Social identity and social values are the basic elements of people, groups and societies. The survival nation's framework depends on.

All the above is specially important in the XXI century, which is characterized by the effects of globalization in our lives. The strong immigration flows with the aim of people looking for better economic opportunities and sometimes due the political situation in their country of the origin results in the advanced societies a new ethnic groups with different identities and values.

This new situation, mainly in Europe and USA, is a preferential theme for individuals, political parties and for Social Sciences that take into consideration different models and immigration policies after having had similar experiences in the past mainly after the II World War and the decolonization processes.

But it will be the people and the different groups in contact who ought to do their adequate response of interaction in an open and

las Ciencias Sociales y se ha traducido en diferentes modelos y políticas de inmigración por parte de los Estados europeos y de Canadá y Estados Unidos que ya habían experimentado situaciones parecidas, pero menos intensas, al terminar la Segunda Guerra Mundial y durante los procesos de descolonización. Pero serán los individuos y los grupos en contacto los que tendrán que dar una respuesta adecuada de interacción en una sociedad abierta, multicultural y que aspira a una convivencia armónica. Los retos son importantes, pues nos encontramos en un momento donde los procesos migratorios por su dimensión cuantitativa e irregular se han convertido en problemas sociales y políticos importantes, pero la evaluación de los diferentes modelos y políticas de inmigración está configurando oportunas soluciones.

Palabras clave: migraciones, identidad, valores, globalización, integración social.

multicultural society that aspire to an harmonic life together.

The challenges are considerable because we are in a time where the irregular migratoric process by the quantitative dimensions became social and political important problems. Fortunately the evaluation of the models and immigration politics start to give us appropriate solutions.

Key words: migration, identity, social values, globalization, social integration.

1. Introducción

Hacer un pronóstico sobre cómo evolucionarán a lo largo de este siglo XXI, en la perspectiva de Galicia, las identidades y valores que son los que configuran, en último término, la naturaleza de las naciones, es una tarea ardua y arriesgada. Por muchas razones, quizá la principal, por la rapidez con la que cambian y evolucionan los acontecimientos históricos que afectan a la vida de las personas, en una sociedad globalizada, con unos avances exponenciales que las nuevas tecnologías favorecen.

También porque, desde una perspectiva holística, cualquier cambio, innovación o transformación en una dimensión influye en el resto de dimensiones y todo ello en un continuo proceso.

Los grandes avances tecnológicos producidos en los últimos cincuenta años han revolucionado todos los campos de la actividad humana, principalmente en la computación y en las telecomunicaciones, y nos ofrecen hoy inteligencia artificial, robótica y tecnología cuántica con sus repercusiones transformadoras en la vida de las personas en un marco de globalización. Las redes sociales, con sus claroscuros, a su vez han producido unos cambios en las relaciones de las personas y de los grupos, poco antes inimaginables.

Cambios rápidos que contribuyen a lo que podríamos llamar una sociedad de la imprevisibilidad (Vallespín, 2023). Después de estar asentados en una sociedad de bienestar configurada al término de la II guerra mundial que originó una Unión Europea garante de estabilidad política y prosperidad económica, nos encontramos con cambios rápidos y muchas veces totalmente insospechados. La globalización y la vorágine de los avances tecnológicos y de comunicación, aupados por una sed de logros económicos desmedidos, han contribuido a esta situación.

Esta imprevisibilidad de los acontecimientos configura una sociedad volátil, fragmentada, en muchos casos sin fundamentos sólidos y con bastantes incongruencias. Así nos encontramos con el contrasentido de que un miembro permanente del Consejo de Seguridad, máximo órgano político del orden internacional, declare una guerra de conquista, a la antigua usanza del siglo XIX, por su cuenta y riesgo.

Cuando la democracia se consideraba como el mejor sistema de gerencia de la vida de los individuos y naciones, devaneos ideológicos y personales quieren mantener autarquías permanentes. Cuando parece que habíamos llegado a una globalización relativamente integrada, se vuelve a los conceptos antiguos del Oriente y el Occidente. Cuando los populismos parece que quedaban anclados en el pasado resurgen de nuevo, amparados por medios de comunicación insaciables y con audiencias a las que considerábamos con más espíritu crítico, por obra de una educación para todos, establecida en las democracias occidentales.

Todos estos elementos y situaciones nos han conducido a una sociedad más compleja, abierta, precaria y desigual. Con todos estos mimbres van a evolucionar las sociedades del siglo XXI. También la sociedad gallega, aunque cada sociedad tiene su propia identidad y sus valores que, por supuesto, pueden ser compartidos, en buena medida, con otras sociedades afines.

2. El papel de la identidad en la configuración nacional y comunitaria

La identidad social, como casi todo en los humanos, es una realidad construida y se reconfigura continuamente en función de los itinerarios de las personas, de los grupos y de los avatares de la historia dando lugar a diferentes dimensiones identitarias: personal, grupal, nacional, etnolingüística y más.

Así, la identidad nacional es relativamente reciente. Se afianza principalmente en el siglo XIX, en buena medida en torno al Romanticismo que trata de descubrir aquellos elementos propios y diferenciadores de los pueblos y naciones. Sí, existían los Estados Modernos, cuyo nacimiento marca el comienzo de la era moderna, pero la identidad nacional como fuente de ciudadanía es más tardía.

Un caso reciente lo tenemos cuando hablamos de la identidad europea, que se va afianzando con el papel que las instituciones europeas están desempeñando en la vida de las personas y de las naciones. Y qué duda cabe que la constitución de Galicia como Comunidad Autónoma con su propio Parlamento e instituciones políticas, con los símbolos sociales que suscita, está retroalimentando la identidad gallega.

Justificar la importancia de la identidad, social, étnica, grupal, nacional, etnolingüística o como queramos llamarle, y el papel que ella desempeña en nuestro comportamiento y en nuestras relaciones diarias, y con otros grupos cultural y lingüísticamente diferentes al nuestro, quizá sea una tarea innecesaria en cuanto es cada día contrastada por los ciudadanos de cualquier parte del mundo y rubricada por los medios de comunicación.

De cualquier modo, cuando hablamos de identidad se podría hablar de un primer nivel o dimensión ligada a las experiencias más tempranas y cotidianas del niño, que se va a traducir en lo que podríamos llamar una identidad cultural y colectiva y que podemos llamar identidad nacional *afectiva* siguiendo la diferenciación entre nacionalismo afectivo e ideológico de Michelat y Thomas (1966).

Esta identidad se manifiesta, fundamentalmente, a nivel de sentimiento afectivo y emotivo, de pertenencia al propio grupo, y se traduce en el uso de una lengua y en la aceptación de una serie de prácticas, tradiciones y valores. Se trataría, de este modo, de una identidad “emblemática” (De Vos, 1975) en cuanto un gru-

po étnico se percibe como teniendo en común una serie de tradiciones no compartidas por otros.

Sobre su período de emigrante en Buenos Aires, nos ofrece una profunda reflexión Neira Vilas (1998:30-31): “Sabíamos que un dos atributos da nosa identidade era a lingua, e utilizabámola non só na prensa e no libro senón tamén en cartas, manifestos, conferencias e actos públicos. Viviamos nun océano alleante e o noso idioma era como o remo do náufrago que nos levaba, de primeiras, cara a nós mesmos”.

La identidad nacional se articula, de este modo, en torno a dos núcleos. Por un lado, las identificaciones espontáneas del niño que se originan inconscientemente en el seno de la familia a través de las prácticas cotidianas, conformando una identidad *afectiva y emocional*. De otra parte, estaría el papel de “ideologización” de las costumbres, formas de vida y valores de la nación a la que pertenecemos, realizada, en buena medida, a través de la escuela, de los medios de comunicación y del discurso y práctica política.

Pero la identidad social no es única. Puede ser múltiple y multifacética. En el caso de España ha experimentado bastantes cambios en un período temporal no muy extenso. Primero, con la configuración del Estado de las Autonomías en la Constitución de 1978, las identidades antes conocidas como regionales cobran un importante papel. La entrada de España, como miembro de pleno derecho, en 1986 en la Comunidad Europea añadió una identidad supranacional europea a nuestro elenco de identidades.

Para la Psicología social una de las teorías de la identidad con más predicamento es la teoría de la identidad social de Henri Tajfel (1974). Establecida en su forma más simple, sugiere que los miembros de un grupo en la búsqueda de una identidad social positiva se comparan a sí mismo, en un número de dimensiones valoradas, con los miembros del exogrupo, siendo el objetivo de esta comparación el obtener una distintividad grupal a través de una positiva diferenciación.

La identidad social, como se ha señalado, va normalmente unida con una lengua propia de tal forma que la lengua aparece como elemento y manifestación básica de la identidad, produciéndose una retroalimentación entre ambas.

Existen múltiples ejemplos a este respecto. Los judíos sionistas revitalizaron el hebreo; los irlandeses tienen el gaélico como lengua oficial, aunque muy pocos lo hablen; el galés, el bretón o el vasco no son hablados por la mayoría de los que se identifican con sus respectivos grupos. Los cientos de lenguas que se hablan en las grandes metrópolis del mundo, como Nueva York, Londres o París, son una realista afirmación de la unión entre lengua e identidad social.

A través de la historia ha habido ocasiones sin cuento donde los esfuerzos lingüísticos y cambios políticos han coincidido. Así, escritores macedonios, en

Yugoslavia, buscaban palabras y estructuras gramaticales de remotas áreas rurales para establecer un standard que distinguiese a su lengua de la servo-croata, coincidiendo con la lucha por una república Macedonia. En este sentido, es también un hecho relevante e ilustrativo lo que aconteció con la emigración española en Francia. El importante número de niños, hijos de españoles, que habían emigrado entre los años 50-60 del pasado siglo, provocó a partir de 1968 un importante movimiento asociativo de padres españoles que querían clases de español para sus hijos y que dio lugar a la creación de una escuela, un Lycée y 850 clases de lengua española. Y curiosamente, a pesar de las diversas procedencias regionales de estos emigrantes, lo que primó fue la identidad española, como afirma Taboada Leonetti (1988).

Efectivamente, lengua e identidad son dos elementos indisolubles de una única realidad en cuanto que la lengua define y al mismo tiempo constituye la identidad. Por un lado, nos indica la nacionalidad o lugar de procedencia. Por el otro, explicita y afianza nuestra identidad en cuanto la contrasta con la de otros individuos pertenecientes a otros grupos.

Lo que parece cierto es que nuestras múltiples identidades nos presentan un buen reflejo de las diferentes construcciones identitarias: autonómica (gallega en nuestro caso), española, europea, por citar las principales identidades sociales con dimensión política. Nos encontramos con espacios de identidades que podemos vivenciar simultáneamente por nuestras capacidades de representación. Identidades normalmente aceptadas como complementarias pero con elementos propios, deben ser protegidas por el Estado, como realidades culturales diferenciables, garantes de una adecuada y armónica convivencia. Las experiencias de confrontación han dado resultados no deseables.

3. Los valores configuradores de identidades y comunidades

El estudio de los valores es una constante en la reflexión humana y es la piedra de toque en el avance cultural y civilizatorio humano. En psicología social tienen una gran relevancia por su papel predictor de la conducta y han tenido un gran desarrollo principalmente a partir de las aportaciones de Rokeach (1973) con su distinción entre valores finales e instrumentales. En este sentido, los valores son como metas deseables que funcionan a modo de guías en la vida de las personas, siendo relativamente estables al paso del tiempo. Orientan la atención e influyen en la toma de decisiones y la conciencia de sus posibles consecuencias (Schwartz, 1992).

Hace medio siglo, Rokeach (1973) encontró que, tanto para hombres como para mujeres, los tres valores *terminales* considerados más importantes eran: un

mundo en paz, la seguridad familiar y la libertad. Y entre los *instrumentales*: el ser honesto, el ser responsable y el ser valiente. Consideramos que esta elección sigue vigente, en buena medida, pues garantiza la seguridad y realización personal de los humanos.

Juegan también los valores un importante papel en las ideologías, ya que cada una tiene su cuadro de valores grupales. Nuestra convulsa historia de la primera mitad del siglo pasado es un buen muestrario de esa interrelación. Ese nexo entre ideología y valores ha llevado, en manos de líderes sin escrúpulos, incluso en nuestro tiempo, a confrontaciones desacostumbradas como la reciente radicalización ideológica en la sociedad de los Estados Unidos de América.

De todas formas, tenemos que tener en cuenta que los valores, así como influyen en los cambios de las sociedades, así son influidos por ellas. Cambios culturales, religiosos, demográficos, científico-técnicos o económicos. Cambios que, por la propia dinámica histórica, se han acelerado enormemente en los últimos años hasta dar lugar a la búsqueda de grandes categorías explicativas como las que hablan de una sociedad post-materialista en contraposición a una sociedad materialista (Inglehart, 1971).

La sociedad occidental ha experimentado grandes cambios y transformaciones a lo largo del siglo XX, y está asistiendo en este siglo a una transformación tecnológica acelerada que está influyendo en los sistemas de producción, en los estilos de vida y, por supuesto, en los valores de los individuos. A todo ello se suma la multiculturalidad de nuestras sociedades, fruto de los grandes movimientos migratorios que se han producido en las últimas décadas.

Por todo ello, tenemos que tener presente que los valores son bastante resistentes al cambio. Así, el último European Values Study de 2017, nos muestra que los valores compartidos por los españoles, en orden de preferencia, son: familia, trabajo, amistad, ocio, religión y política (Espinosa, Segú y González, 2020).

El problema de los valores en el siglo XXI vendrá quizá de la mayor complejidad ética ya que estos están sujetos a las decisiones individuales, pero también dependen del grupo e incluso de la especie en una sociedad globalizada, aunque no se puede predecir el sentido de nuestros comportamientos, reveladores de nuestros valores, a muy largo plazo porque existe una ley de imprevisión total (Morin, 2005).

Pero lo que parece indiscutible es que los valores compartidos van a definir espacios geopolíticos o dinámicas de conjuntos de países. Los mayores intercambios comerciales y de todo tipo que se habían configurado en todo el mundo en las últimas décadas, hasta crear situaciones de interdependencia, están siendo revisados. En este sentido, afloran y cobran fuerza dos grandes valores: la libertad y la seguridad que van a estar muy presentes en las relaciones internacionales y en la vida de las personas.

En estos nuevos espacios internacionales, la Unión Europea se presenta como una potencia de bienestar y valores. Así, según el último Euro barómetro (invierno 2022-2023), el 62% de los europeos siguen siendo optimistas respecto al futuro de la Unión Europea.

4. La inmigración configuradora de valores e identidades

En un contexto de globalización que seguirá marcando nuestro siglo XXI, uno de los cambios más importantes que ha experimentado la sociedad española en las últimas décadas ha sido el espectacular aumento del número de extranjeros que se han instalado en nuestro país.

Según la ONU, la población extranjera residente en España ha pasado de 1.657.285 en 2000 a 6.842.202 en 2020, significando el 14.44% de la población total. De este modo, en las últimas décadas, España se ha convertido en uno de los países más importantes de recepción de inmigrantes por la percepción que estos tienen de nuestra calidad de vida (Espinosa et al., 2020).

Según datos del Instituto Nacional de Estadística (INE) referidos a 1 de enero de 2018, los residentes en España con nacionalidad extranjera, se situaban en el 9,8% de la población total. Esta cifra marca un ligero rebrote positivo cercano a un incremento del 3% anual, un crecimiento positivo que no sucedía desde hacía una década (Mahía, 2018). Atendiendo a este proceso, la inmigración parece ser uno de los fenómenos políticos y sociales más relevantes de la España actual. Más aún, y a pesar de que en el siglo XX España era un país de emigrantes.

En principio, el fenómeno migratorio era típico de las grandes ciudades como Madrid y Barcelona o del Levante español, pero en la actualidad ha afectado a todo el país, en mayor o menor medida. En Galicia había en 2020, según informe de la UGT (2022), una población inmigrante de 117.824 personas. La inmigración extranjera se ha convertido así, y cada vez más, en un fenómeno que despierta creciente atención y preocupación a todos los niveles. En el caso de España, y concretamente de Galicia, dado el proceso de envejecimiento de la población, va a traducirse seguramente en un incremento considerable de la población inmigrante. Esta situación contribuye a que actualmente más que a un rechazo a la inmigración se reclame una inmigración planificada, ordenada y controlada, como la que ejercieron, en su momento, los países europeos, Canadá y Australia con los españoles.

Los inmigrantes traen consigo una lengua, una cultura, una religión, unos valores, en suma, una identidad personal y social. Algunos vienen de culturas parecidas a la nuestra, es el caso de los latinoamericanos. Otros de culturas muy distintas.

Sus proyectos de futuro también son distintos. Algunos vienen para quedarse poco tiempo; otros para permanecer aquí para siempre porque quieren o porque no pueden hacer de otro modo. Lo que es evidente es que la inmigración afecta a toda la vida del país y de sus ciudadanos: al trabajo, la educación, la sanidad, los servicios y lo que conocemos como calidad de vida de los ciudadanos.

4.1. Modelos de inmigración

La larga historia de la inmigración, principalmente a lo largo del pasado siglo XX, ha ido decantando fundamentalmente tres modelos de migración: el americano o del *melting pot* que trata de conseguir una sociedad en la cual se mezclan de una forma armónica los diferentes orígenes raciales y culturales; el del *multiculturalismo* de Canadá y Gran Bretaña y el modelo francés de *ciudadanía*.

Centrándonos en los modelos europeos, británico y francés, podemos decir que ambos han mostrado sus luces y sombras. El modelo francés revelando que en la práctica es difícil mantener un tipo ideal de ciudadano a pesar de los esfuerzos del Estado. El modelo multicultural ha mostrado sus debilidades al poner de manifiesto que la cultura puede estar por encima de la patria común.

De todas formas, hoy se impone en las Ciencias Sociales, principalmente a partir de los estudios sobre la aculturación, la identidad y los valores, la consideración de la inmigración como un fenómeno de doble dirección en el que hay considerar a la sociedad de llegada y a la sociedad de acogida. Así, para Redfield, Linton y Herskovits (1936) la aculturación es considerada como un cambio cultural en uno o en ambos grupos, siendo un proceso mutuo que puede producir cambios en ambos grupos en contacto.

Graves (1967), profundizando en esta idea, acuñó el concepto de *aculturación psicológica* para referirse al hecho de que la aculturación se produce no sólo a nivel grupal, sino que también afecta a los individuos a título personal con sus repercusiones en los comportamientos y estrategias de adaptación.

El Modelo MIESC (Modelo de identidad etnosocial y de culturación) (Azurmendi et al., 1996), integra teorías anteriores de aculturación como la de Bourhis (1995) y Berry (1989) teniendo en cuenta la perspectiva del grupo de llegada y la del grupo de acogida, siendo ambas perspectivas en gran medida interdependientes.

Según el modelo, en relación con la inmigración, las estrategias del grupo de acogida son: a) la *integración*: favorecen tanto el mantenimiento y desarrollo de la cultura y lengua originarias, como la adquisición de la cultura y lengua de los grupos de acogida; b) la *asimilación*: favorecen la adquisición de la cultura y lengua de los grupos de acogida, muchas veces acompañada con la pérdida de la cultura y lengua originarias de los grupos de llegada; c) la *segregación*: favorecen la no mezcla

de los grupos de llegada con los propios grupos de acogida; d) la *exclusión*, cuando además de la segregación, no se reconocen algunos de los derechos individuales y/o sociales de los grupos de llegada; e) la estrategia interpersonal de *individualismo*, cuando los miembros del grupo de acogida se relacionan con los miembros de los grupos de llegada considerándolos como personas individuales, más que como miembros de grupos étnicos.

Por otra parte, las estrategias de los grupos inmigrantes o de llegada van a ser similares a las de los grupos de acogida. De este modo, el modelo MIESC predice que el cruzamiento de las 5 estrategias de aculturación de cada grupo étnico en contacto dará como resultado 25 situaciones socioculturales diferentes: consensuadas, problemáticas o conflictivas.

En este sentido, predice distintos tipos de identidad étnica en los grupos inmigrantes: la *identidad bicultural* desde las estrategias de integración, la *identidad exocultural* desde las estrategias de asimilación, la *identidad endogrupal* desde las estrategias de segregación y de separación, la *pérdida de identidad o anomia* desde las estrategias de exclusión y de marginación, y la identidad personal desde las estrategias del individualismo.

Un ejemplo de *asimilación* sería el crisol francés; de *integración* el mosaico canadiense. Lo que ha sucedido en Sudáfrica y con los indios e inuits en Norteamérica sería un caso de *segregación*. Mientras que el comportamiento de los grupos religiosos Hutteritas y Amish sería un ejemplo de *separación*.

Dada la gran diversidad de los grupos de llegada se pueden producir múltiples situaciones. Así, en el proceso inmigratorio español, comprobamos, como ha concluido Navas y colegas (2004) que la población de acogida, (en su estudio, los almerienses) preferían para los magrebíes una estrategia de asimilación frente a la integración que prefieren los propios magrebíes. Es decir, cuando dos grupos con culturas fuertes compiten, uno quiere asimilar al otro. Cuando, por el contrario, un grupo no tiene una cultura fuerte y marcada como puede ser el caso de los subsaharianos, no importa que este grupo mantenga su propia cultura al mismo tiempo que acepta la del país de origen (integración).

Lo que parece incuestionable es que la mayor parte de la población inmigrante en España y en Galicia va a permanecer. No se trata de una inmigración temporal como la que hacían los españoles en Europa en la década de los sesenta y siguientes. De ahí que las políticas de inmigración se conviertan en un elemento de primer orden para una adecuada integración de las poblaciones de llegada, lo que nos remite a los valores e identidades y su manejo.

En nuestro ámbito europeo, el respetar las reglas, la inclusividad y la cooperación son valores básicos ya que el participar en unos valores comunes es la argamasa de los Estados. En este sentido parece que hay un común sentir en que la

inmigración tiene que ser ordenada para que pueda funcionar bien. Para que sea una experiencia vital positiva para los que llegan y para los que les reciben. Esto exige mucha imaginación y mucho coraje por parte de los dirigentes políticos de los países de salida y de los de llegada.

Parece que se impone instaurar una fuerte y constante cooperación internacional que evite emigraciones a la desbandada. No cabe la improvisación. Como dice Bestenier (2004), con la inmigración, Europa se encuentra confrontada con uno de los procesos más importantes de su historia demográfica y social.

En resumen, tenemos que ser conscientes de la existencia de un nuevo pluralismo cultural que asocia la idea de igualdad con la heterogeneidad.

5. Perspectivas de futuro

Cambios de todo tipo acontecidos en este casi un cuarto de siglo, y que continuarán, están repercutiendo en muchos aspectos de nuestra vida. Cambios en las mismas estrategias geopolíticas como pone, por ejemplo, en evidencia la guerra de Rusia contra Ucrania. Así, el mismo fenómeno de la globalización que ya había mostrado sus aspectos negativos a partir de la crisis económica de 2008, incrementados por procesos migratorios incontrolados, está siendo sometido a revisión.

Esto se traduce en que el número y la variedad de cruciales elecciones estratégicas que las personas tendrán que hacer a lo largo del curso de sus vidas se ha incrementado enormemente. Nuestro proceso vital no parece ya lineal como en el pasado, sino complejo e incierto.

Los avances en las telecomunicaciones, la computación, la digitalización, la inteligencia artificial (IA) que está teniendo un desarrollo espectacular van a repercutir en el trabajo y por tanto en las mismas políticas migratorias. Esto va a exigir una atención especial por los organismos internacionales y por los países emisores y receptores de grandes flujos migratorios.

Finalizados los tiempos de la guerra fría, parece querer imponerse un nuevo orden mundial, favorecido por el gran crecimiento de los países emergentes, principalmente China. Se trata de organizar un mundo multipolar, aunque se exigirá una buena dosis de acuerdos ente los principales agentes mundiales.

No podemos obviar que en estos polos de configuración mundial subyacen planteamientos identitarios y de valores. Principalmente, dos modelos de vida y civilización, anclados en los dos sistemas políticos de convivencia: autoritarismo y democracia.

¿Y qué decir de Europa en este contexto? Quizá podamos traer aquí a colación las palabras de Ortega, en 1922, ya hace un siglo: “Hacer avanzar la unidad de Eu-

ropa, sin que pierdan vitalidad sus naciones interiores, su pluralidad gloriosa en la que ha consistido la riqueza y el brío sin par de su historia” (Ortega, 1993:160).

En estos nuevos contextos, pueden surgir nuevas oportunidades para Galicia, como la que la que puede desempeñar la lusofonía. El papel de un enorme país emergente como Brasil; Angola y Mozambique, así como otros países en África y Asia pueden influir en muchos aspectos del papel de Galicia en España y en Europa.

Otro referente para Galicia puede ser el mundo celta, organizado en buena medida, a nivel institucional europeo, entorno al Eje Atlántico. No podemos obviar las similitudes culturales de Galicia con Irlanda, la Bretaña y otros enclaves celtas. Sus proximidades culturales, de valores y también geográficas pueden ser definitivas de horizontes en el futuro.

No hay fin de la historia. Sabemos que esta continúa, aunque sea con riesgos e incertidumbres. Y como dice Freeman (2003), parece que la acción democrática supranacional requiere de algún tipo de ciudadanía o sociedad civil que supere los Estados nacionales actuales y se articule en algún tipo de gobierno supranacional. La dinámica de la ONU y sus diferentes organizaciones especializadas van en esta dirección, a pesar de todas las dificultades, respetando las diferentes identidades étnicas de los grupos y de las personas.

En este contexto, quizá el futuro consista en una “sociedad de sociedades mundial, vinculada a un orden liberal democrático, extensible a China y a otros países, que a pesar de mantener una ideología que justifica la supervivencia de una casta monopolista funcionarial, han entrado en la esfera de una única economía y técnica mundial” (Giner, 2007:28).

De todas formas, no debemos olvidar que la palabra mágica *desarrollo*, que utilizamos siempre que hablamos de futuro, “equivale, en definitiva, a dignidad, oportunidades y derechos humanos” (Desai, 2005:308).

Por supuesto, esto es una tarea ardua. Especialmente, si pensamos en los países del Tercer mundo y en los países carentes de libertad. Pero tenemos que tener presente, como decía Max Weber, que lo posible no se alcanzaría nunca si no se intentara lo imposible.

Para Galicia el ideal sería, como dice Barreiro (2001), que transite por este siglo XXI con una identidad moderna adecuada para participar en el diálogo global de culturas y en los procesos políticos y económicos.

Conclusiones

Con todas las reservas, dada la gran velocidad de los cambios que se están produciendo en este siglo súper tecnológico, podemos decir que este siglo XXI será

convulso. Su inicio con la guerra de Ucrania, el ascenso de China, país dictatorial, a superpotencia y los liderazgos populistas, nos pudiese inclinar a un cierto pesimismo, pero el acervo político, institucional, de saber y de saber hacer que ha ido adquiriendo la Humanidad parece una garantía de futuro.

En este contexto, las identidades y valores, al tiempo que juegan un papel de primer orden en los cambios, quedan subsiguientemente sometidas a un proceso de reconfiguración. Se impone repensar la sociedad actual y buscar valores bien definidos y válidos para las generaciones futuras. A pesar de la discriminación, las grandes desigualdades y el racismo, parece que se abre una nueva sensibilidad en la sociedad que se quiere comprometer con la sostenibilidad y los derechos humanos.

Galicia tiene grandes retos para transitar por este siglo, pero, con su desarrollo endógeno, con las relaciones con los países de su entorno lingüístico y cultural, con su desarrollo autonómico, con la ayuda de la Unión Europea, se ha convertido en un país preparado para afrontar los retos del siglo.

Por sus experiencias históricas, por su acendrada identidad y por sus firmes valores ha adquirido una fuerte resiliencia para poder afrontar y gerenciar adecuadamente este siglo.

Los esfuerzos de las Ciencias Sociales en colaborar en esta tarea se justifican, según Giner (2007), en contribuir a una civilización que haga de la fraternidad su valor fundamental y siempre, como decía Pinillos (2001), considerando que teniendo en cuenta como somos, el futuro de los humanos pende siempre de un hilo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Azurmendi, M. J.; Romay, J.; y Valencia, J. (1996). Identidad étnica y relaciones intergrupales en el mundo hispanohablante. En R. Y. Bourhis y J.Ph. Leyens, *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*. Madrid: Mc Graw-Hill.
- Barreiro, J. L. (2001). *Globalización y cambio de milenio*. Vigo: Ed. Xerais.
- Bastienier, A. (2004). *Qu'est-ce qu'une société ethnique?: ethnicité et racisme dans les sociétés européennes d'immigration*, París: Presses universitaires de France
- Berry, J.W., Kim, U., Power, S., Young, M. y Bujaki, M. (1989). Acculturation attitudes in plural societies. *Applied Psychology*, 38, 185–206.
- Bourhis, R.Y., Moïse, C.L., Perreault, T, S. y Senecal, S. (1995). Towards an Interactive Acculturation Model: A Social Psychological Approach. En A. Mummendey y B. Simon (eds.), *Identity and Diversity*. Munster: Universitat Munster.
- Dasai, M. (2005). Qué desarrollo tendremos en el siglo XXI. En J. Bindé (dir). *A dónde van los valores*. Barcelona: Icaría Editorial.
- De Vos, G. (1975) *Ethnic Identity: Cultural Continuities and Change*. Palo Alto: Mayfield Pub. Comp.
- Espinosa, P.; Segú, M. y González, E. (2020). Actitudes y valores ante las personas migrantes. En M. Silvestre (2020) (coord). *Valores en la era de la incertidumbre: individualismos y solidaridad*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Freeman, R. B. (2003). El futuro del trabajo en el nuevo milenio. En R. N. Cooper y R. Layard (eds.). *Qué nos prepara el futuro. Perspectivas desde las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza.
- Giner, S. (2007). Sociología de la civilización. Discurso inaugural del IX Congreso Español de Sociología. Barcelona: Federación Española de Sociología.
- Graves, T.D. (1967). Psychological acculturation in a tri-ethnic community. *South-Western Journal of Anthropology*, 23, 337-350
- Inglehart, R. (1971). The silent revolution in Europe: Intergenerational change in post-industrial societies. *American Political Science Review*, 65.
- Michelat, G. y Thomas, J.P. (1966) *Dimensions du Nationalisme*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Mahía, R. (2018). Población extranjera residente en España. Evolución, características e integración económica. Anuario CIDOB de la Inmigración 2018, 80-113. ISSN: 2462-6732.
- Morin, E. (2005). La ética de la complejidad y el problema de los valores en el siglo XXI. En J. Bindé (dir). *A dónde van los valores*. Barcelona: Icaría Editorial.
- Navas, M.S., Pumares P., Sánchez, J., García, M.C., Rojas, A.J., Cuadrado, I., Asensio, M. y Fernández, J.S. (2004). *Estrategias y actitudes de aculturación: La perspectiva de los*

- inmigrantes y de los autóctonos en Almería*. Sevilla: Dirección General de Políticas Migratorias. Junta de Andalucía.
- Neira Vilas, X. (1998). *Acto de investidura como doutor honoris causa*. A Coruña: Universidade da Coruña.
- Ortegat y Gasset, J. (1993). *España invertebrada*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Ed. (original 1922).
- Pinillos, J. L. (2001). La guerra de las épocas. *El País*, 7 diciembre 2001 p. 15.
- Redfield, R., Linton, R. y Herskovits, M.J. (1936). Memorandum on the study of acculturation. *American Anthropologist*, 38, 149-152
- Rokeach, M. (1973). *The nature of human values*. N.York: Free Press.
- Schwartz, S. H. (1992). Universals in the content and structure of values: Theoretical advances and empirical tests in 20 countries. *Advances in experimental social psychology*, 25, 1-65.
- Taboada Leonetti, I. (1988). L'espagnol. Langue nationale de référence. En G. Vermes (1988). *Vingt-cinq communautés linguistiques de la France*. vol. 2. Paris: L'Harmattan.
- Tajfel, H. (1974). Social identity and intergroup behavior. *Social Science Information*, 13, 65-93.
- UGT (2022). Informe sobre la población de nacionalidad extranjera en Galicia. *Europa Press Galicia*, 16 de noviembre 2022.
- Vallespín, F. (2023). Fin de siglo. *El País*, 19 de marzo 2023.